

## *MIRADAS CRÍTICAS SOBRE LA PRODUCCIÓN SOCIAL DE LA ALIMENTACIÓN EN TIEMPOS DE LOS IMPERIOS ALIMENTARIOS*

---

*CONVERSACIONES*

*8 de septiembre de 2023*

### *PARTICIPANTES*

**Susana Aparicio:** Socióloga (UBA). Maestra en Ciencias Sociales (FLACSO), Diploma de Estudios Avanzados. Área Sociología (Universidad de Córdoba, España). Investigadora Principal CONICET (jubilada y contratada ad honorem), es miembro de la Junta de Calificación y Promoción de CONICET, es Profesora Consulta UBA desde 2017. Es profesora de posgrado en la Facultad de Agronomía y de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA y de la Universidad Nacional de Entre Ríos. Fue Vicepresidenta Primera de la Asociación Latinoamericana de Sociología Rural (ALASRU). Ha sido Consultora en Planificación, Seguimiento y Evaluación del Programa Social Agropecuario (1993-2003). Diversas colaboraciones con FAO, OIT, Unicef, IICA, FIDA, UN, INTA, INDEC, MECON, MTESS, MAGyP.

**Santiago Sarandón:** Ingeniero Agrónomo, Universidad Nacional de La Plata (UNLP), Argentina. Profesor Titular, Cátedra de Agroecología, UNLP. Director del Laboratorio de Investigación y Reflexión en Agroecología (LIRA), UNLP. Investigador Principal, Comisión de Investigaciones Científicas (CIC), Provincia de Bs. As. Presidente Honorario de la Sociedad Científica Latinoamérica de Agroecología (SOCLA). Actual Presidente de la Sociedad Argentina de Agroecología (SAAE).

**Roberto Cittadini:** Profesor de la Universidad Nacional de Mar del Plata, Desarrolló su trayectoria profesional en el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), dirigiendo numerosos proyectos de investigación y participando en programas de desarrollo. Fue coordinador nacional del ProHuerta. Investigador del LABINTEX (laboratorio del INTA en el exterior (Montpellier, Francia)) y coordinador del curso de capacitación MOOC (Massive Online Open Courses o Cursos online masivos y abiertos por sus siglas en inglés) en Agroecología (INTA de Argentina y SUPAGRO de Francia) que en sucesivas ediciones capacitó a más de 100.000 participantes.

15

### *COORDINADORA*

**Marcela Crovetto** Socióloga. Investigadora Adjunta del CONICET en el Área de Estudios Rurales y Coordinadora del Grupo de Estudios sobre Mercados de Trabajo Agropecuarios: Formaciones Rururbanas y Territorialidades, en el Instituto de Investigaciones Gino Germani. Profesora Adjunta en la Carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales y Profesora Titular de Sociología Rural para Economistas Agrarios en la Escuela de Posgrado de la Facultad de Agronomía, ambos en la UBA. Directora de la Sección Food, Agricultural and Rural Studies en Latin American Studies Association y Coordinadora Académica de la Asociación Argentina de Sociología Rural.

**Marcela Crovetto:** Buenos días, bienvenidos a esta Conversación, les agradezco mucho su participación porque consideramos que son muy interesantes sus voces sobre este tema del dossier que hemos organizado desde el Área de Estudios Rurales del Instituto de Investigaciones Gino Germani. Es un trabajo colaborativo, de los tres equipos que integran el Área, enmarcado en el Proyecto C54 de Ciencia y Técnica contra el Hambre de la programación del Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación (MINCyT). Esta actividad integra y es parte de esa producción. La propuesta es que cada uno desde su trayectoria, enfoque, experiencia, pueda conversar sobre la transformación en torno a la configuración de los sistemas alimentarios en momentos de imperios de alimentación y de producción de alimentos. Puede referirse a América Latina o estrictamente Argentina, eso es una elección de ustedes y pueden tocar cualquiera de los temas seleccionados. Nos gustaría que la conversación fluya entre ustedes y que esta conversación resulte valiosa para todas las generaciones en formación y venideras. También para que esta conversación complemente los artículos que integrarán el dossier de Argumentos.

16

**Susana Aparicio:** Gracias Marcela. Acepté participar de esto por dos motivos: primero, por un compromiso con el Área de Estudios Rurales del Instituto Gino Germani. En este momento yo estoy coordinando el Área, hay un grupo que trabaja con medioambiente, es un tema que siempre he considerado. Además hice una maestría sobre el tema, pero no forma parte de mi especialidad. Lo tuve en cuenta por ejemplo, en proyectos de intervención, que es una cuestión que le interesaba al grupo y he seguido a los teóricos de estos temas y a los debates. Me gustaría empezar reflexionando sobre por qué nos interesa el tema. Desde los inicios de las sociedades, el vínculo del hombre con la naturaleza para su alimentación ha sido una relación que ha tenido cierto nivel de armonía en el sentido en que se comía lo que había, el hombre salía a cazar o buscar animales para mantener el sustento familiar o de la tribu. Y la mano era su herramienta. A medida que se complejiza el sistema social la herramienta mano pasa a ser una herramienta distinta, un palo o alguna otra cosa y empieza a romperse en algún sentido la relación armónica con la naturaleza, al empezar a tener sistemas de un poco mayor

de productividad, que puede ser necesaria para el grupo familiar, pudiendo producirse un excedente. Y aparecen ahí los intercambios de producciones. En este marco las sociedades primitivas tenían dos grandes rasgos: por un lado había sociedades pastoras y recolectoras que eran nómades y por otro lado sociedades agrícolas cultivadoras que eran asentadas. ¿Qué pasa con Argentina? ¿Por qué me interesa esto? A mí me interesa personalmente este tema, este origen, porque las ciencias sociales parten de: qué de lo nuevo se conjuga con lo viejo para poder formar un sistema. Es decir, excepto que haya una guerra o una invasión, los sistemas en general se fusionan, se asientan sobre lo existente, sobre algo existente que facilita el hecho. En la historia de la Argentina se ve —y si miramos hoy en día se mantiene bastante—, hay una zona, casi toda la Argentina, que es de llanura, con monte o bosque, con planicie baja y con pastos. En esa zona fue común la existencia de pastores, pastores recolectores que comían los frutos del bosque, lo que provenía de la caza y eran nómades. Las misiones jesuíticas por ejemplo, aparecen como una forma de reducir a los grupos nómades a un sistema sedentario. En cambio, la zona cordillerana es la que está más unida a la vida sedentaria y a la existencia zonas de variados cultivos, se puede caracterizar como más campesina latinoamericana que la zona de llanura que no es sólo la pampeana, es también parte del norte, del sur. Esto genera, incluso actualmente, una precondition respecta a los sistemas alimentarios. En muchísimas comunidades la comida tradicional de cualquier sistema social productivo, y digo que un sistema social productivo comprende desde el campesino hasta el productor medio que viva en el campo, la carne, e inclusive en la ciudad también, la carne forma parte de la dieta cotidiana. Cosa que en los países que tienen un origen campesino no es así. Los vegetales forman parte de la dieta cotidiana. Es más, en la Argentina se importaron las hortalizas hasta los años setenta más o menos, y se importaban desde el Uruguay. En cambio en la zona cordillerana sí existía una cultura campesina de multiproducto. En otro lugar donde también existía una zona campesina de multiproducto, campesina y de productores medios, es en la zona mesopotámica, sobre todo en el área misionera donde las familias, sobre todo las familias de inmigrantes que venían del mundo campesino español, italiano o del este del Elba, eran comunidades campesinas que trajeron todas sus costumbres y su tradición de hacer cultivos múltiples y de conservación de alimentos. Es llamativo, ¿no? Y no digo hoy ¿eh? Estoy pensando en los años sesenta, sesenta y cinco, no quiero hablar mucho de eso porque se va a notar que en esa época conocí Misiones como socióloga, en el sesenta y nueve, y sorprendía la cantidad y variedad de producciones y de conservación de alimentos que tenían. Era absolutamente sorprendente, era un vergel. Yo creo que en ese sentido Misiones fue una provincia con una iniciativa que tuvo peso inclusive con los gobernantes para tratar de mantener un sistema lo más equilibrado posible. En cambio, la zona de pastoreo fue colonizadas con los animales. El trigo, por ejemplo, y esta cuestión nunca se menciona en los diarios, para producir trigo en la Argentina hubo que subsidiarlo. Ya Bernardino Rivadavia en 1826 pone un canon de arriendo favorable a la agricultura que era la mitad del establecido para pastoreo y en algunos momentos se establecen algunos regímenes que promocionan la producción de trigo, y otro subsidio para los molinos. Uno de los molinos, el de la familia Olivera

estaba acá en el Parque Avellaneda y los tuvieron que subsidiar porque si no producían pan, tenían que importar. Hoy no se puede creer. Yo supongo que cuando digo esto me miran, en mi familia al menos, que son de rancia estirpe europea, me miran con un “no te creo”.

Esto fue una precondition que se ve a lo largo de la historia, las zonas que fueron de pastores recolectores se transformaron en zonas ganaderas, y cada vez más ganaderas en la medida que se mejoraron las especies vacunas y la incorporación de Argentina al mundo a través de la producción de cereales, fue una expansión con altos niveles de producción y con apoyo estatal. Por lo tanto, si hay algo que no puede decir es que en Argentina haya habido problemas de carencia alimentaria. Eso no quiere decir que su población tenga una dieta sana. Eso siempre es aparte. Lo que se ve por otro lado, y hoy diría que pasa todavía, a pesar de que ha habido cambios, es que la diversificación es muy baja

Para no entrar a hablar de todo el proceso de desarrollo de la Argentina —esto llevaría dos años más o menos— lo que me gustaría hacer aquí es una síntesis de alrededor de la época de la industrialización, cuando en lo que era una zona pampeana, altamente extensiva en el sentido de uso del suelo pero con una producción a muy bajo costo, los productos se vendían fácilmente en los mercados y esto no ocasionaba ninguna pérdida de consumo para la población. Por otro lado, el sistema natural de rotar agricultura con ganadería hacía que los suelos se mantuvieran con adecuada fertilidad. Esto causaba una gran disputa por la necesidad de aumento de la producción para aumentar el nivel de divisas del país, tema que se reiteró durante gran parte del siglo XX. Cuantos más años tenemos, más lo tenemos metido en la cabeza, es como un disco ¿no? Hay que aumentar el monto de producción exportable para poder financiar el resto. Y por otro lado, lo que sí había cambiado mucho, es la zona extra pampeana donde se habían desarrollado ciertos cultivos intensivos en el uso de mano de obra, que algunos eran alimentarios. Otros no, otros eran de exportación, pero sobre todo los que eran alimentarios también se exportaban. Había y hay grandes cadenas de producción de limón, manzana, yerba, y otros cultivos industriales como algodón, tabaco y demás. Ahora, estos productores, a diferencia de América Latina, eran monoprodutores de un cultivo de renta, es decir que no hacían producciones de subsistencia sino que se incorporaban a la tierra a través de sistemas de producción de alguna manera en complejos agroindustriales y aceptaban las tecnologías que venían dadas desde los complejos. Por otro lado, desde el lado de la producción de la subsistencia característica del campesinado latinoamericano, la Argentina no se caracterizó nunca por tener producciones de subsistencia, más bien se compraban y lo que sí se encuentra es que casi todos los productores campesinos o de sectores medios del agro, tenían una vaca que funcionaba para la leche y como ahorro, cuando algo raro pasaba se vendía, cosa que pasa en todos los sistemas mundiales de campesinos, donde los animales funcionan como caja de ahorro. Y anco, zapallos o algunas de esas especies más bien rastreras, que no implicaban muchas labores y sí frutales, pero tampoco había grandes experiencias de conservas de alimentos o de ferias campesinas, excepto en Tucumán que estaba la

Feria de Simoca, y en Misiones. Es que Misiones siempre ha sido un número aparte. A veces me impresiono un poco porque trabajo bastante con los misioneros, y cuando les digo esto se ponen nerviosos y no me creen. Nunca entiendo por qué, tendría que hacer una investigación aparte pero no me da el tiempo, para ver por qué no lo ven, pero es así: hay mil indicadores de que Misiones es una provincia con diferencias en este tema. Misiones es una provincia que tiene la mayor cantidad de población rural, es una provincia que tiene mayores diversificaciones de producciones para el consumo, más “crisol de razas” como dicen los diarios. Y la mayor parte de gente que se ha dedicado a la agroecología. Creo que en ese sentido, ya desde los setenta, Misiones es una provincia con iniciativas que tenían que ver con el medioambiente. En especial, sobre todo, a partir de la divulgación en Argentina de los trabajos de Ignace Sachs. Paralelamente se desarrolla una historia en el escenario agropecuario campesino chileno que tiene que ver con la dictadura. En Chile con la reforma agraria y la contrarreforma posterior aparecieron grupos de resistencias organizados alrededor de instituciones y Organizaciones No Gubernamentales (ONGs) con asesoramiento de ingenieros agrónomos y veterinarios que armaron granjas con diversas producciones con diversificación de producción, pero además incluyendo lo que en mi opinión es una innovación enorme en América Latina: incluyendo las relaciones sociales como una de las partes integrantes del programa de defensa de la naturaleza. Porque en la medida que eran organizaciones que tendían a la resistencia, tomaron el autoconsumo, la diversificación, la conservación de los medios naturales y demás, como un proyecto de resistencia campesina para no desaparecer. Y sus granjas eran granjas demostrativas que invitaban a los vecinos también campesinos a aprender las técnicas de labor en las granjas para poder expandir esta cuestión de no necesidad de entrar en el mercado. Una de las granjas más famosas, que estuvo apoyada por la Vicaría y por el Grupo de Investigaciones Agrarias (GIA) y con los materiales sobre producción para la subsistencia de “El Canelo de Nos”, que alimentó a mi generación y a muchos de mi generación de cartillas muy interesantes sobre producción y sistemas productivos circulares si quieren. No circulares en el sentido de lo que actualmente se habla de economía circular, sino circulares dentro de la granja incluyendo peces. Esto produjo cierto revuelo en la Argentina, cuando digo revuelo es entre treinta-cuarenta más o menos, creo que puedo nombrar a todos los que nos revolucionó este tema, puedo acordarme de uno por uno, y significó meter en sus trabajos de formación de técnicos y demás el tema de cómo la subsistencia con condiciones de mantener la calidad de vida sin incorporación de agroquímicos y sin necesidad de conectarse con subsidios externos podía funcionar como un ejemplo de resistencia campesina. Tenían financiamiento internacional e hicieron muchísimas cartillas, pre-computadora (y yo la verdad que no sé ni quien las tiene en este momento), pero reconozco que aprendimos muchísimo, muchísimo. Visité el Canelo de Nos, dos veces. Si puedo decir algo de eso es que también venían de una influencia francesa, del Comité Católico de Lucha Contra el Hambre, donde habían financiado a algunas personas que habían desarrollado proyectos en la época de la reforma, que también financiaron el desarrollo de las escuelas de familia agrícola en el norte, y también financiaron en algún momento,

algunas de las primeras raíces de la Organización Agroecológica en el norte que fue la Red de Agricultura Orgánica de Misiones (RAOM), donde se trabajó con los campesinos en conservación de alimentos, y el desarrollo de ferias. Esa fue una de las introducciones importantes que se hicieron, tanto desde la unidad de minifundios en la que yo participé —en la creación de la unidad de minifundios, muy cercano a mí en la creación de ProHuerta—, después Roberto va a hablar del tema, otra fue el coordinador de la unidad de minifundio. El primero de todos fue el Ing. Laserre que era de Misiones y que tenía una visión más ecologista, se planteaba muchísimo que los proyectos tenían que tener sustentabilidad agroecológica y sustentabilidad social incluyendo en lo social los temas que se habían introducido en los programas internacionales, el Comité Internacional de Estandarización y Aprobación de Lubricantes (ILSAC) acerca de la participación social y demás. Creo que Misiones (algunos datos lo muestran y lo que constatamos en una evaluación que hicimos ahí en Misiones, cuando yo estuve en el Programa Social Agropecuario (PSA)) existen muchísimos más productos de autoconsumo que en el resto del país. En Misiones hay entre trece, catorce productos de autoconsumo, en el resto del país hay un promedio de cuatro, cinco en cada provincia. En sistemas campesinos, porque el PSA trabajaba sólo con sistemas campesinos. Esto muestra inclusive qué apoyos dar a esos sectores, porque las mujeres por ejemplo pedían freezers y su motivo era la conservación de alimentos. Además desarrollaron alrededor de cuarenta ferias en total en Misiones, subsisten muchas y hay como cuatro, cinco escuelas de familia agrícola. Me parece que ahí hay un punto en donde las políticas públicas tienen que enfocarse no solo por el tema de las grandes producciones sino también en el tema de las pequeñas producciones generando sistemas, que es lo que tratamos de investigar nosotros con el proyecto de Ciencia y Técnica Contra el Hambre: cómo mejorar la producción de autosubsistencia y como favorecer la venta directa. En la venta directa la cuestión de la marca de origen no es necesaria porque uno conoce al productor entonces sabe cómo trabaja, no necesita una marca de origen. Eso es una herramienta que fomenta los desarrollos locales. Si tuviera que orientar políticas públicas pensaría claramente en esta vertiente y francamente dejaría a los macroeconomistas que se ocupen un poco de las exportaciones pero trataría de que la población se asentara con formas de vivir mejor. Vivir mejor en estas condiciones y el apoyo estatal a través de mejorar la infraestructura social.

**Santiago Sarandón:** Gracias por la oportunidad, yo voy a abordar esta conversación desde la agronomía. Soy Ingeniero Agrónomo y me interesa comenzar con una crítica, un análisis del modelo de producción de alimentos, a nivel mundial pero con énfasis en América Latina, y presentar a la agroecología como la alternativa a dicho modelo. Hay que entender que esta actividad, la agricultura (no la agronomía como ciencia, la agricultura como actividad), es muy interesante porque es una de las pocas actividades esenciales para los seres humanos. ¿Por qué? Porque, entre otras cosas, produce alimentos. Además, produce otros servicios, procesos ecológicos, hábitat para seres humanos y otros seres, intervienen en el reciclado de nutrientes, fijación de carbono, entre otros. La principal forma de obtener alimentos para los seres humanos es mediante la agricultura y la ganadería, por lejos. Aunque se obtienen alimentos

mediante la recolección, la pesca y la caza, la agricultura, sin dudas, es la manera más difundida y más importante. Entonces uno debería preguntarse si esta actividad, tan importante, es perdurable en el tiempo. Uno se pregunta: esta actividad ¿es sostenible?, ¿es una actividad que puede durar mucho tiempo? Entonces debemos preguntarnos a cuál agronomía nos estamos refiriendo, a cuál modelo. Y ahí empezamos a analizar algo que pasa desapercibido a veces en nuestra formación. Hay muchas maneras de ejercer esta actividad, de hacer agricultura. Hoy predomina un modelo que podemos llamar industrial, moderno, de alta tecnología, surgido de ese movimiento llamado revolución verde del que formamos parte y colaboramos, universidades, INTA, instituciones públicas de la Argentina y de Latinoamérica. Estas instituciones fomentaron y apoyaron este modelo, que, cada vez resulta más evidente que presenta muchas deficiencias que nos hacen pensar que no es ni ecológicamente sostenible ni socialmente justo. Hay que entender que la agricultura es la actividad humana que ocupa más superficie sobre el planeta tierra, más de la mitad de todos los espacios terrestres útiles son agroecosistemas. Por lo tanto, lo que se haga y cómo se haga tiene un impacto enorme no solo sobre la producción de alimentos, sino sobre el planeta en general. Aparte es la actividad que consume más agua, el setenta por ciento del agua que se consume, es en las actividades agrícolas. Por lo tanto, es importantísimo entender cómo lo estamos haciendo. Y acá reconocemos que no muy bien, o bastante mal. De alguna manera, la aplicación de la ciencia y de nuestros conocimientos ha generado un modelo que “hace agua” por todos lados. Es ecológicamente insostenible. Es un sistema basado en muy pocas variedades o cultivares “exitosos”, con alto potencial de rendimiento, que requieren para expresar ese potencial que se les suministre un ambiente adecuado. Un ambiente parecido a donde se generaron y seleccionaron. En este modelo, el rendimiento aparece casi como la única variable importante junto con la rentabilidad favoreciendo el monocultivo. Y ese modelo de bajísima diversidad —tres cultivos son el sesenta por ciento de todo lo que se cultiva en el mundo (tres especies)— ha generado una debilidad ecológica enorme que hace que cada vez las plagas sean mayores y, además genera una alimentación de bajísima calidad nutritiva. Hoy estamos produciendo energía calórica suficiente como alimento, a nivel mundial. Pero la calidad de ese alimento está puesta en duda. Por otro lado, el modelo es socialmente inaceptable porque en muchísimas partes esa sociedad que ha pagado las investigaciones y las universidades nos está diciendo: esa actividad, por favor, háganla a mil, mil quinientos metros del límite de mi pueblo, porque no toleramos la manera en que ustedes resuelven los problemas de las plagas. Evidentemente esto nos tiene que llamar a una reflexión y preguntarnos bien qué sucedió, cómo es que llegamos a este modelo tan deficiente. Y acá viene la gran pregunta: ¿es este modelo, estas consecuencias socio ambientales, la consecuencia de pequeños desvíos, daños colaterales de un buen modelo? ¿estamos formando bien la gente en las universidades, estamos investigando bien? Las estructuras de nuestras instituciones de investigación ¿están bien hechas, bien armadas, bien pensadas? ¿Generamos un buen producto, una buena tecnología y cuando la entregamos a los usuarios, los campesinos, las campesinas, lo aplican mal? ¿Arruinan el buen producto? ¿Desmerecen lo que la ciencia

generó? ¿Es así? Si creemos que es así, la respuesta, la solución sería: por favor háganlo bien, hagan buenas prácticas, apliquen los plaguicidas sin viento, usen productos adecuados, etc. Pero también hay que pensar que podemos estar asistiendo al colapso de un modelo, de una idea, de un paradigma, de una ciencia agronómica que no permite generar un buen modelo. Yo creo que es eso lo que está sucediendo hoy, no estamos viendo pequeños desajustes que se arreglan con más tecnología sino que estamos viendo el colapso, signos inequívocos de un error conceptual en el abordaje de los sistemas agropecuarios que se está viendo por todos lados. Por lo tanto, lo que hay que hacer entonces, no es corregir sobre la marcha, aplicar pequeños parches, sino una revolución en el pensamiento de los sistemas agropecuarios, de la relación de los seres humanos con la naturaleza y preguntarnos qué nos pasó, qué sucedió. Algunos autores hemos estado desarrollando, pensando, acerca del paradigma que ha conducido a este modelo. Hay un paradigma dominante, formado por una serie de pensamientos, de ideas, bajo las cuales se han tomado las decisiones, del cual no somos conscientes, que aún prevalece y que dificulta enormemente desarrollar, diseñar, manejar, otros sistemas de producción de alimentos. Intentar arreglar los problemas dentro de este paradigma lleva al fracaso. Quizás se puede prolongar un poquito su uso, minimizar o retasar algunos inconvenientes, pero no resuelve el problema de fondo. Este paradigma dominante puede caracterizarse como el de la simplicidad, de la productividad, del valor monetario, el precio. Donde el conocimiento solo está en manos de los científicos, no existe otro tipo de conocimiento, que considera la incertidumbre se puede eliminar con la ciencia, que la ciencia es neutra, que a la naturaleza hay que dominarla, conquistarla, que todo lo espontáneo, lo silvestre, debe ser eliminarlo, que no tiene valor. Hay un modelo conceptual que aún prevalece, que ha generado este modelo de agricultura que ocasiona tantos problemas. La solución es cambiar por un modelo diferente, un paradigma diferente, el paradigma de la complejidad. Comprender que el reduccionismo, el instrumento con el cual analizamos este mundo complejo por partes y no en su conjunto está fallando. Está fallando porque esa reconstrucción del todo por la suma de las partes implica creer que el sistema es aditivo, cuando en realidad hay muchas interacciones. Es necesario replantear todo y nos encontramos con dificultades porque estamos ante un paradigma diferente que presenta por lo menos 4 desafíos o novedades a incorporar. Por un lado la sustentabilidad, la mirada de las futuras generaciones. Nosotros no tenemos derecho a usufructuar los espacios rurales mucho más allá de obtener un beneficio sin modificar la capacidad productiva o la calidad del ambiente para las futuras generaciones. Es un deber ético con las futuras generaciones. No lo hemos hecho, en cincuenta años —datos del INTA— nos “comimos” (los nutrientes) de los suelos argentinos. Hay déficit de potasio, de fósforo, de azufre, de materia orgánica, sólo en cincuenta años. Evidentemente el modelo tiene que contemplar el largo plazo. Segundo desafío: es indispensable contemplar y asumir la complejidad, se acabó la idea de la simplicidad, esa ilusión de control, muchas veces en estaciones experimentales que deja de lado el mundo real que es mucho más complejo, es ecológico, es socio cultural. Por eso, bienvenidos al mundo real. Y ese mundo real trae un tercer desafío que es la incertidumbre. La idea de que podíamos controlar todo

se estrelló contra los resultados en el mundo real. Por lo tanto, hay que manejarse entre niveles de incertidumbre aceptables. Y el cuarto desafío es entender y aceptar que hay muchas maneras posibles de hacer una buena agricultura. No hay un buen maíz, no hay un buen tambo si no digo para quién. Nosotros hemos sido formados y todavía nos formamos con la idea de que hay modelos universales. Esto no es así. Hay una multiplicidad de posibilidades y hay que entender, dónde, cuándo y para quién estamos proponiendo esas alternativas.

Nosotros creemos que hay nuevos instrumentos, nuevos elementos, una nueva agronomía, y esa nueva agronomía es la agroecología. La agroecología es mucho más que una agricultura ecológica, es como dije antes, una revolución del pensamiento, una mirada diferente, lentes diferentes para, primero, ver problemas que no se ven a simple vista desde el otro enfoque y encontrar soluciones a los problemas y no a los síntomas. Entonces la agroecología viene, como un huracán, creo yo, ha llegado, con una fuerza extraordinaria y ha empezado a revolucionar el mundo. La agroecología no es algo que busque coexistir con el otro modelo, como un nicho de mercado para productos “ecológicos”, lo quiere reemplazar. Al entender que hay un modelo de algo esencial para los seres humanos que está colapsando, lo que necesitamos es su reemplazo. Y ese reemplazo requiere cosas muy profundas, conocimientos nuevos, y nos permite discutir el rol de la ciencia. El conocimiento no es sólo el conocimiento científico. La agroecología reconoce que la ciencia está muy bien, genera un tipo de conocimiento útil, pero no es el único. Y que hay un tipo de conocimiento que ha estado oculto, que es pragmático, avanza mediante prueba y error, pero que tiene un valor importante, el de los agricultores, campesinos y campesinas, y es que está adaptado localmente. Hoy necesitamos ese ajuste entre lo ecológico y lo productivo y éste no puede ser universal, es local, y esa información y esa capacidad de entender e ir adaptándose a un ambiente hostil a través de prueba y error, es lo que ha generado muchas productoras y productores a lo largo del tiempo con un saber muy diferente al científico. Y que incluso se expresa en un lenguaje diferente con el cual tenemos que aprender a dialogar. Esto es un desafío muy profundo para todos nosotros que somos investigadores y científicos de la ciencia casi convencional. Aceptar que existe el conocimiento no quiere decir que sepamos cómo es ese diálogo y creo que es un desafío súper interesante, y ahí es donde nosotros, desde las ciencias más duras como la agronomía, entendemos la necesidad de entender más las ciencias sociales. Estas siempre han sido ha sido como una “Cenicenta” dentro de las facultades de agronomía donde lo valioso, lo importante, lo que todos esperábamos aprender eran las tecnologías, y despreciábamos a todo aquello que tenía ese tinte social porque nos parecía que no tenía mucha importancia. Hoy la agroecología rescata, valora, claramente, todo ese mundo, el mundo de lo cualitativo, el mundo de la complejidad, porque nos ayuda a entender realmente como son las cosas y a proponer alternativas viables. La agroecología propone eso. Y lo que la agroecología propone no es sólo un producto menos tóxico, lo que no está mal por supuesto, sino que cree que la revolución o que la llave de un modelo nuevo está en la capacidad de recuperar esa biodiversidad perdida. La biodiversidad, el conjunto de especies de todo tipo, provee los recursos genéticos para la agricultura, las semillas, las variedades, pero

a su vez un montón de procesos ecológicos, invisibles, intangibles pero claramente importantes. Esos procesos ecológicos se debilitaron con el modelo de pocas variedades, en Argentina la soja llegó a tener veinte millones de hectáreas, de una sola especie. Lo que la agroecología rescata es que necesitamos recuperar la biodiversidad, la diversidad biológica, agrícola, y además entender qué es, entender cuándo es mucha, cuándo es poca, saber leerla, y ahí es donde también la agroecología rescata la importancia de lo cultural, porque nadie siembra lo que no conoce. Hay una relación directa entre biología y la cultura, y quien ha conservado y ha preservado —nos damos cuenta ahora— una gran biodiversidad de algunos ecosistemas campesinos es el conocimiento que tienen muchos productores y fundamentalmente también y es muy interesante, las mujeres, que conservan un conocimiento que a veces no lo comparten con los varones y que de alguna manera hoy la agroecología lo rescata.

Pero acá también hay otro aspecto interesante, porque nos plantea muchos desafíos. Para replantear, rediseñar y manejar desde la complejidad los sistemas agropecuarios, donde el rendimiento solo es una variable más, tenemos que tener un abordaje complejo, métodos cualitativos complejos, indicadores, saber leer la biodiversidad. Pero también hay una contraparte. Si creemos que un mundo más biodiverso, una agricultura más biodiversa desde lo cultivado y lo espontáneo, puede generar un montón de procesos ecológicos que nos eviten o minimicen la necesidad de usar insumos externos como los plaguicidas, que son caros, costosos y peligrosos, luego esa producción de alta biodiversidad tiene que ser consumida. Hay una parte que es: si nosotros producimos en los sistemas agropecuarios con altísima biodiversidad tiene que haber un público que valore, conozca y consuma esa biodiversidad. No puede haber un público que cuando tenga una oferta biodiversa en su verdulería siempre siga comiendo lo mismo, porque esta idea duraría solo un año. Hay que recuperar la percepción y el valor del origen de los alimentos. Y entender que la elección de dónde y qué compro tiene un valor político extraordinario. O sea, el consumidor, la persona que consume, la consumidora, está, mediante su elección moldeando paisajes. Los paisajes rurales, que son el cincuenta por ciento de otros paisajes y su interacción con el paisaje no rural ecológico, están definidos por lo que a veces compramos y donde compramos la comida. Las recetas de comidas, la conservación de las recetas, la enorme cantidad de recetas y la pluralidad en el consumo son un reaseguro de ese otro mundo que es diverso. Si en nuestras compras privilegiamos el valor cosmético (apariencia), compramos en lugares de lejanía, productos que no son de estación, o producidos en la temporada y que vienen transportados desde miles de kilómetros, refrigerados, etcétera, estamos creando un mundo uniforme, sin biodiversidad, con alta aplicación de plaguicidas. Si, por lo contrario, aprendemos a consumir de otra manera, en mercados de cercanía, en la estación que corresponde, provenientes de la agricultura familiar, estaremos posibilitando ese otro mundo, el único mundo posible para un sistema de producción de alimentos sustentable.

**Roberto Cittadini:** Gracias por este espacio. Yo sabía que Santiago iba a dar una buena síntesis de la problemática de la agroecología como alternativa, lo que me facilitaría

avanzar en otras cosas, no me equivoqué. Esta crisis del modelo agropecuario se inscribe en una crisis más amplia inclusive, es una crisis del sistema civilizatorio podríamos decir, porque no estamos en una crisis solamente de la agricultura, estamos en una crisis del sistema mundial de producción y consumo. Que en origen tiene que ver con esto que plantea Santiago y lo que planteaba también Susana, de la pretensión de la sociedad, del hombre occidental, de dominar la naturaleza, de tratarla como una cosa externa a nosotros, de una manera utilitarista y de utilizar los recursos que han tardado millones de años en formarse como los hidrocarburos, y ponerlos al servicio del hombre sin control alguno. Entonces hoy tenemos este impacto, que nos martillan todos los días y con buenas razones, de que estamos en una situación sumamente crítica con la temática del cambio climático, por ejemplo, pero que no solo con el cambio climático sino que, por ejemplo, la pérdida de biodiversidad es tan o más importante que el tema del cambio climático, son recursos esenciales para la sobrevivencia del planeta. Y lo más grave es que esto se está advirtiendo hace muchos años ya, no es que hoy se descubre, sino que siempre hubo lanzadores de alerta, científicos que se desvían del paradigma dominante, que han advertido todo lo que se nos venía. El Club de Roma en el año setenta y dos ya había planteado los límites del productivismo, del desarrollo, basado en el modelo tal como estamos. Y la locura es que a pesar de todas estas advertencias no estamos siendo capaces de cambiar, de revertir las cosas en un grado significativo. Y todo esto entonces sigue en una lógica en la que, si volvemos ahora al sector agropecuario, este imperio alimentario que mencionaban ustedes en el escrito nos impone una dieta, una forma de consumo, una forma de producir —ya la explicó muy bien Santiago— que genera mucha productividad, pero mucha exclusión, mucha malnutrición. Desde el hambre, por un lado, que no se reduce en absoluto y a veces aumenta a nivel mundial y a nivel de cada país, y de la malnutrición que ya no es solo de los sectores desfavorecidos sino del conjunto de la población, pero afecta más a los más excluidos. Hay un enfoque que se llama la “teoría de la transición”, o “análisis multinivel” al que a mí siempre me resulta interesante recurrir para situarnos en el momento que estamos viviendo y las pistas que podemos encontrar de acción, de resolución o de impotencia, depende de cómo lo queramos ver, si la botella medio vacía o medio llena. La teoría de la transición o análisis multinivel plantea que hay un régimen socio técnico dominante que se impone. Volvemos ahora al sistema agroalimentario y es a nivel mundial esto. El actual sistema agroalimentario dominante que describe Santiago en su presentación, donde hay un grupo concentrado de multinacionales (y están también los paradigmas dominantes del aparato técnico científico) que empuja para este modelo de alta productividad, que te vende las semillas los fertilizantes y los agroquímicos, en el que a nivel productivo sí hay multiplicidad de actores, pero después nuevamente se vuelve a concentrar en la distribución con las grandes cadenas que orientan la comercialización a nivel internacional, y en el consumo orientan una dieta de malnutrición, donde hay un despilfarro de energía porque los alimentos recorren grandes distancias. Este es el modelo dominante, y cuando hablamos de multinivel estamos en el nivel medio. El nivel medio es el sistema dominante, el sistema práctico productivo e institucional, hay instituciones que lo encuadran, que generan su

dinámica: el sistema institucional de comercio, las políticas públicas, etcétera, son todas funcionales a ese modelo. Y hay otros dos niveles que es interesante analizar: el nivel superior al sistema socio productivo y un nivel inferior.

El nivel superior es el paisaje sociotécnico. Es el paisaje, dicen los autores, las referencias que se está jugando a nivel de paradigmas, de orientaciones filosóficas, de discusiones a nivel de los organismos multinacionales. En una época ese paisaje era productivista, hoy no es exclusivamente productivista porque en ese paisaje, que es lo que está por arriba, tenemos la comisión intergubernamental sobre cambio climático, tenemos la comisión sobre la biodiversidad, tenemos inclusive organismos internacionales, Naciones Unidas, la *Food and Agriculture Organization* (FAO), etcétera. Entonces el paisaje, ese aspecto que está por encima de nosotros, por encima del sistema productivo, empuja y nos advierte que es necesario el cambio. Aquí diríamos que hay un aspecto favorable. En ese paisaje también está la Organización Internacional de Comercio, que estarían frenando porque es funcional al sistema, a los países centrales, a los países dominantes. Pero, en ese paisaje superior al modelo de producción hay líneas interesantes que tienen peso, porque ¿a qué voy? A que como sistema el sistema socio técnico dominante no es totalmente rígido, puede haber influencia desde ese nivel superior puede haber reglamentaciones a nivel mundial que empujan (ej., el acuerdo de París sobre cambio climático). Puede haber restricciones en el comercio internacional que se empiezan a dar buscando que sea más virtuoso.

26

Y también hay un nivel más abajo que son los nichos. Los nichos de innovación, los lugares donde se produce perspectiva de futuro, donde ya, como decía Susana, en los años sesenta en Misiones se advertía que había cosas diferentes a las dominantes y como hoy en día estos nichos se expanden en múltiples experiencias de producción agroecológica que están funcionando bien, que están mostrando que es factible producir de otra manera. Son minoritarios, son absolutamente minoritarios, pero tanto si volvemos un poquito a Argentina o miramos a nivel mundial, se dan en todos lados. Tenemos el nicho a nivel de la agricultura intensiva, la horticultura, por ejemplo, donde se han generado nuevas organizaciones como la UTT (Unión de Trabajadores de la Tierra), la Federación Rural, el MTE Rural (Movimiento de Trabajadores Excluidos), etcétera, bases federadas que se desprendieron de la Federación Agraria que muestran que otro modelo es posible. Este nicho ya está generando niveles de producción muy adecuados, y generando sistemas de comercialización alternativos y articulación con el consumo, como lo remarcaba Santiago. Esto es muy importante porque no va a haber cambios si no hay integración completa del sistema que incluye al consumidor, sin dudas. Este sistema sociotécnico dominante de Argentina, que está basado en el agronegocio y que arrancó en la revolución verde ratificando lo que ya contó Santiago, implicó una concentración cada vez mayor de la producción, de la tierra, cada vez niveles más altos de contaminación. La trama de nuestro sistema ecológico está totalmente contaminado, los ríos, arroyos, nuestros comestibles. Cuando se hace análisis de residuos de agroquímicos en los seres humanos también se encuentran agroquímicos en todos los casos que se los hace. Y a pesar de que tenemos los mensajes

que nos están diciendo “esto no va más”, Santiago lo explica con claridad, no se lo asume. No se lo asume desde la política, no se lo asume suficientemente desde los organismos de investigación tampoco, es como que hay cierta inercia, cierta prepotencia de las relaciones de poder actuales que hacen que estas advertencias no se escuchen. Volviendo a los nichos, que es la parte optimista de la cosa, hay nichos en las producciones intensivas, pero también en las extensivas. Hoy en la región pampeana hay toda una red de productores agroecológicos de tamaño medio y grandes inclusive, que están produciendo agroecología, que han reincorporado la ganadería en la agricultura extensiva, que están teniendo muy buenos rindes, que están teniendo muy buenos beneficios económicos, que están mejorando la calidad del suelo, que están recuperando los nutrientes que el sistema convencional exporta y deteriora. Pero lamentablemente siguen siendo minoritarios no son parte de una política activa que genere una dinamización más fuerte, generalizable de estos nichos. También hay nichos institucionales que son interesantes, como los cambios que ha habido en el Estado argentino donde ha habido un creciente reconocimiento de la agricultura familiar, en las facultades donde Santiago es pionero se han creado cátedras de agroecología, hoy en día hay maestrías de agroecología, hay carreras que desarrollan estos nuevos lineamientos. Está los Institutos de Agricultura Familiar (IPAFs) en el INTA, además de los programas tradicionales que ya tuvieron su impacto como el PROHuerta, Cambio Rural, etcétera. Hoy está también la Red de Agroecología (REDAE) dentro del INTA. También está la formación MOOC (Massive Online Open Courses o Cursos online masivos y abiertos por sus siglas en inglés) en Agroecología que tuve la satisfacción de coordinar, que es una capacitación que ha permitido la formación de muchísima gente en Argentina y en América Latina. Hay evidentemente también innovaciones institucionales, pero, vuelvo a decir, no hay suficientes políticas activas. Por ejemplo, se ha creado la dirección de agroecología, esto es buenísimo, que busca ocupar espacios, pero no tiene peso como para definir políticas que estimulen claramente, que orienten la minimización de insumos, por ejemplo. Todo lo contrario, hay una dirección de agroecología, pero por otro lado se subsidian los fertilizantes químicos, porque todavía el paradigma dominante es la productividad y hay que seguir fertilizando. A las alternativas agroecológicas que permiten fertilizar de manera más natural y con reciclaje de nutrientes ni se las considera.

La región pampeana, por otro lado, tiene una complejidad muy clara. Susana hizo algunas referencias sobre la llanura. Pero la complejidad es también la gran concentración de la tierra y el peso que tiene la renta de la tierra en la producción. Es interesante analizar lo que ocurrió en las últimas décadas. Se había avanzado en tener un sector medio en la agricultura argentina con acceso a la propiedad de la tierra, a partir de las políticas de tierras del peronismo que facilitaron la compra por parte de los antiguos arrendatarios. Fueron los chacareros, que fueron gente innovadora, que fueron pioneros, hicieron la primer etapa de la “modernización” del campo, pero que después fueron desplazados. Cada vez hay más concentración, los actores de la producción tienen que hacerse cargo de un porcentaje altísimo de pago de renta. Hay una multiplicidad de actores que intervienen en la producción pampeana, pero el único

que produce es el productor familiar o familiar empresarial como el chacarero contratista, el resto absorben renta, esto lo podemos desarrollar un poco más. Escribimos un artículo hace unos años (Albaladejo C. y Cittadini R. 2017, “El productor silencioso: destino del gran actor de la modernización de los años 1960–70 en la actual copresencia de agriculturas de la región pampeana argentina” Revista PAMPA 16), analizando la estructura agraria de distintos partidos de la provincia de Buenos Aires. Allí mostramos que sigue persistiendo, aunque mucho más acotado, un núcleo de productores propios del territorio, que son productores medios, chacareros, contratistas medianos, etcétera. Ellos son los que realmente producen y siguen teniendo un cierto arraigo, porque son los que están en el territorio. Hay sí, pules de siembra desterritorializados en función de las inversiones de capital, pero cuando tiene que implementar las siembras recurren a los contratistas, los que están en el territorio, los verdaderos actores de la producción. Lamentablemente estos actores tienen el discurso del agronegocio. Desde mi punto de vista este genera un lamentable desencuentro. Nos falta capacidad de alianza con estos actores que podrían ser artífices de otro modelo mucho más conveniente y no estarían estrangulados como ahora. Están estrangulados por las dos puntas, de un lado tienen que pagar una renta de la tierra que los acogota, y por otro lado sufren una relación desventajosa con sistema comercial y de dominación de las grandes multinacionales de la producción de insumos y la compra de productos. Están siempre en la pelea y cuando mejoran los precios les aumentan los alquileres. Son empresas capitalistas rentables, pero ellos son los únicos a los que se les regula en función de un mercado que los corre desde arriba y desde abajo.

Otra cosa que a mi gusto es lamentable y cuesta entender es el divorcio que hay entre la corriente nacional y popular con la que muchos nos sentimos identificados, y la política agroalimentaria que esta corriente tiende a sostener. Nos cuesta hacer entender que es un error para el movimiento nacional y popular pensar que el eje es la obtención de divisas a como dé lugar Soy consciente que hay que obtener divisas, por supuesto que hay que obtener divisas, el modelo de crecimiento desequilibrado que tenemos tipo *stop and go* requiere la producción de divisas, requiere una producción más integral para la cual el agro es importante, pero el actual modelo no es la única manera de obtener divisas. Al contrario, este modelo cada vez va a tener más dificultades para obtener divisas porque cada vez va a ser más castigado ya que está produciendo alimentos que no tienen calidad. La soja es castigada en los mercados internacionales porque tiene poca proteínas. La calidad alimentaria de nuestra soja es muy mala, eso se castiga en el mercado internacional. A los exportadores, a los dueños del sistema, no les importa porque trasladan los precios hacia el productor. Esto es producto del productivismo extremo donde nos plantean que lo único que importa es la productividad. Los gobiernos se alarman y dicen que van a poner barreras para arancelarias. Y claro que nos las van a poner, porque en lugar de ir anticipándonos y yendo hacia productos más virtuosos, de más calidad, seguimos aferrados al mismo modelo. Entonces yo creo que es una tragedia este divorcio entre las cuestiones ambientales y el modelo agroalimentario y el movimiento nacional y popular, sobre todo pensando que Perón en el año setenta y tres hizo un “llamamiento a los pueblos”

donde anticipaba, al igual que el Club de Roma, toda la problemática ambiental como un eje central del futuro de la humanidad y de nuestro país. Y que había que anticiparse y nosotros todavía hoy no le estamos haciendo caso a esto.

**Marcela Crovetto:** muchas gracias, súper interesantes las tres intervenciones. Tenemos ahora una ronda de ampliación de lo que han dicho, aclaración, o complementación de diez minutos para cada uno, y después nos quedan treinta para que ustedes intercambien y debatan.

**Susana Aparicio:** Hay dos o tres problemas que en la Argentina son muy especiales, ciertas características naturales que tiene Argentina y que se no pueden despreciar por más que uno sea sociólogo, la vida se asienta sobre la tierra por ahora no sobre un satélite. La Argentina tiene una ventaja increíble que es la posibilidad del doble propósito sobre la llanura pampeana, la posibilidad de no tener que abrigar a los animales y tener que especializarse en hacer solo animales y hacer cabañas para los animales por la nieve o producir bajo condiciones de invernáculo algunas producciones, porque tiene un clima templado, con lluvia, tanto es así que la no lluvia del año pasado produjo en realidad una hecatombe. Este doble propósito lleva a que a veces la productividad de la Argentina en los cultivos que dan divisas sea relativamente baja, porque en términos de la tasa de ganancia conviene no *tecnologizar* mucho porque te obliga a especializarte. Y una de las críticas mayores que se hace a la mono producción de soja es esa, que rompió un equilibrio pampeano que existía, que era la alternancia de producciones, alternancia que venía desde principios de siglo XX con la rotación de trigo, maíz, alfalfa y después ganadería. Esa rotación que produjo un cierto equilibrio en el suelo se rompió ante la expansión de un cultivo demandado internacionalmente que acá, excepto la salsa de soja en Palermo, no existe, como consumo de producción de soja en sector urbano, y la población en Argentina es mayormente urbana.

Y por otro lado, la escasa existencia de un mundo campesino. Este mundo campesino apareció recién en los sesenta, se creó, no venía de antes. Como sucede con los mundos campesinos para aprovisionar alimentos a los ingenios o a alguna otra producción de estilo enclave que necesitaba para los trabajadores tener producción hortícola a sus alrededores. Un ejemplo: los campesinos que se asentaron alrededor de la caña, tenían prohibido plantar caña, porque eran sólo para producir alimentos para los trabajadores del cañaveral. Ni siquiera son autóctonos, autóctonos en el sentido de que provienen de ahí, sino que son asentamientos. Y por otro lado, las propuestas que hubo en toda la etapa de los sesenta sobre todo reemplazaron con hortalizas que eran productos importados y también con la producción sobre todo de frutas duras como las nueces, almendras y frutos secos hizo que, junto con las áreas de riego, hubiera un estímulo de la producción agrícola que fracasó. Era la producción agrícola de pequeña producción con cooperativas y ferias locales, que fracasó totalmente porque no los dejaban tener los animales, y en la Argentina, como dije antes, toda la zona que no estaba regada, que producía en secano puro, era ganadera. Si a los campesinos de la zona no los dejaban tener sus cabras, no se anotaban en los concursos del Consejo Agrario Nacional. Es así

como se ve en lugares como Santa Fe, en el norte, de La Forestal, que todos los campesinos que quedaron son campesinos que siguen haciendo carbón ¿por qué hacen carbón? Porque no se engancharon con la agricultura porque les hacían sacar los animales. Hay una contradicción de todas las políticas públicas. Santiago hablaba de la ciencia, yo estoy haciendo un trabajo en este momento sobre la historia de la Sociología Rural en la Argentina. En las ciencias sociales no se habla del campesinado hasta el año ochenta más o menos, mil nueve ochenta, no mil ocho ochenta. Es más: la mayor cantidad de trabajos que hay sobre sectores más populares del agro de la Argentina, de principios del siglo XX, son de extranjeros. Bialek Massé, los gringos que venían a hacer sus tesis, Taylor, Gaignard sobre los sectores medios del agro porque era una característica de la Argentina que aún sigue existiendo y que ha dado lugar a un cordón que es visible desde el avión cuando se ven luces, luces y luces desde Santa Fe hasta más o menos Mar del Plata, es toda un área donde hubo sectores medios que reinvertían sus excedentes en la zona. Creo que esa cultura fue destruida por los modelos nacionales, es una cosa que llama la atención. El INTA por ejemplo hace extensión en la zona con grandes productores y tuvo que haber un grupo de gente dentro del INTA, y fuera del INTA también, que esperó la existencia de algunas condiciones favorables dentro del directorio para poder crear la unidad de minifundio y el ProHuerta. Y entre las condiciones favorables estaba el Ing. Hang que es de La Plata, estaba en el directorio que además algunos conocían al presidente de la Sociedad Rural, lograron introducir entre gallos y medianoche y con el apoyo del Ministerio de Desarrollo Social, la unidad de minifundio. De cualquier manera el INTA nunca le dio mucha centralidad a la unidad de minifundio, no sé ahora qué está haciendo porque no estoy activamente trabajando. Pero la función del INTA en el artículo 1 explica qué es promover el desarrollo rural. Soy de las que defienden, y aún más habiendo estado en el Programa Social Agropecuario, que el INTA tiene que desarrollar tecnología para pequeños productores. Y creo que esa tiene que ser la función del INTA porque el INTA lo financiamos nosotros. No me parece equitativo financiar los técnicos para los grandes productores, me parece que es una distribución de ingresos al revés. Ahí hay un problema, después las institucionalidades de las que se habla. Hablar de institucionalidad cuando ponen un título y en la línea de al lado, como en la línea del menú cuando uno va a pagar la factura en el restaurante y en la línea de al lado hay cinco pesos, no es institucionalizar algo. Porque institucionalizar algo con un director que vive en un lugar en el que ni siquiera hay internet y que no tiene plata, eso no es institucionalizar la agricultura familiar. Institucionalizar la agricultura familiar con condiciones tales que los llevan a zafar de pagar a los trabajadores las cargas sociales tampoco. Porque la mayor parte de los convenios de corresponsabilidad gremial ahora se introdujo que el productor que está inscripto en el registro de agricultura familiar no paga las cargas sociales porque trabaja con la familia. Lo cual no es cierto. Entonces creo que ahí hay un problema de las políticas públicas. Estoy a favor de la descentralización de las políticas públicas porque me parece que hay potencialidades enormes en todas partes, y por ejemplo, soy medio crítica del INTA Balcarce históricamente, pero reconozco que hubo un grupo de gente ahí adentro que se rompió el alma y armó todo un sistema de defensa de la producción

local en Tandil que para mí fue un ejemplo. Y otro grupo que estudió seriamente las razones de la no especialización de los grandes productores, manteniendo alternancias agrícolas-ganaderas, aportando explicaciones importantes para la macroeconomía. Entonces creo que hay potencialidades muy grandes en pequeños hechos que las políticas públicas debieran tener en cuenta. En ese sentido coincido con lo que decía Roberto. La universidad como institucionalidad donde se desarrollen tecnologías productivas y sociales para el desarrollo local. Estoy en CONICET, en este momento estoy evaluando cuestiones medioambientales, hay muchísimos investigadores del CONICET, publican, sin embargo no son consultados por quienes diseñan políticas públicas. Acá la autocrítica tenemos que hacerla en serio, desde la vida cotidiana, nadie los lee, y muchas veces, tampoco quienes no somos especialistas en el tema. El otro día vi uno, evaluaba un trabajo y me digo “pucha que tema interesante”, yo ni sabía que se estaba investigando esto en la Argentina. Entonces me parece que ahí hay una cosa de instituciones que tienen la onda de los que dominan el país, y que es la onda de la plata fácil, es decir, producir cereales es rápido. Igual de cualquier manera creo que en ese tema hay que ser cuidadoso, porque el tema de las divisas no hay que dejarlo de lado, sí creo que hay que fomentar el desarrollo local que además permite incluir nuevos vínculos sociales, como la venta directa del productor al consumidor y toda una serie de cuestiones que generan sociedades más equilibradas que políticamente se pueden controlar dentro de sí mismas. Y la verdad que a esta altura de la vida he llegado a jugarme solo por eso y no por la macro política. Y con respecto a lo que vos Santiago decías, yo no sé si hay tan poca investigación, hay mucha más de la que yo creía. La descubriendo porque participo de actividades de evaluación tanto en CONICET como en diversas universidades y revistas académicas, y suelo estar en comisiones de medioambiente, descubrí este año que había mucho más, alguna es interesante, otra me pareció que no tanto, pero de lo que estoy segura es de que pocos las tienen en cuenta, aunque están disponibles para todo quienes quieran leerlas. Y eso duele mucho porque se producen muchos hallazgos que en el exterior valoran, que tienen premios internacionales de investigadores del CONICET sobre medioambiente, sobre medioambiente agrícola. Sandra Díaz, por ejemplo, es una investigadora considerada a nivel mundial, y tiene un premio FAO de medioambiente, el premio Konex de brillantes, entre otros, y la verdad que solo por curiosidad hace poco leí algún trabajo suyo. Entonces me parece que hay ahí una desconexión que tiene que ver con que nos conocemos todos y que somos medio marginales en la política.

Creo que aparecieron puntas interesantes en lo que se estuvo hablando: la institucionalización, el tema del papel de la ciencia, el tema del papel de los desarrollos locales. Insisto, el papel de los vínculos sociales que se crean en la vida cotidiana, Santiago y Roberto introdujeron también los saberes locales, todas cosas que me parecen importantísimas, formas de investigación distintas, como la investigación-acción que provoca además la participación del usuario. Me parece que ahí hay una serie de temas que si se quiere cambiar el mundo tiene que empezar por cambiar la casa y creo que ahí tenemos una punta, al menos la herencia que podemos dejar. Creo que la herencia que debiéramos dejar es que hubiera gente que por lo menos no

tuvieran la ambición de cambiar el mundo y se quedaran con la posibilidad de cambiar algo de manera que se empiece cambiando. Creo que en este dossier debiera haber temas de estos. El tema de la ciencia, el tema de la transferencia, el tema de las metodologías de las transferencias, el tema de cómo la agroecología no es solo el vínculo con la naturaleza sino un vínculo social, entre humanos, que se potencian sus riquezas y la necesidad de mayor participación en esos temas, por lo menos rompiendo la paciencia en las comunas. Los que somos más grandes y hemos tenido alguna vez funciones públicas sabemos perfectamente la cantidad de barbaridades que hemos tenido que escuchar en nuestra vida. Desde que un productor con menos de cien ovejas no es un productor, dicho por un subsecretario de agricultura a mí en un ascensor, le pregunté entonces qué que era, y me dijo que era un tenedor de ganado. Con lo cual no me entró en ninguna categoría sociológica, agronómica, ni nada. Hasta otro del INTA que una vez me dijo que si no tiene estufa para secar el tabaco no es productor. Eso fue en INTA Goya, por suerte hace muchos años. De esas, miles se escuchan. Y el tema de las mujeres que dijo Santiago que me pareció muy interesante, porque son las más defensoras del tema de la no contaminación y demás, además son las que llevan adelante las luchas campesinas, en general son las que salen al frente. Y el tema de las mujeres me pareció muy interesante, pero también es importante y disculpen muchachos que se los diga, que empiecen a presionar porque en los grupos de dirección de los programas y de los organismos técnicos haya mujeres. Porque uno no ve — cuando en el campo te tratan de maravilla por ser mujer— muchas extensionistas mujeres, por ejemplo. La mayoría de los extensionistas con los que uno se contacta son varones.

32

**Santiago Sarandón:** Me parece muy interesante esta parte. Primero voy a retomar lo que dijo Roberto, coincido con él en que lo que vemos en la agricultura es la expresión en el mundo rural de una crisis civilizatoria, no es algo particular del mundo agropecuario sino que en el mundo agropecuario vemos características propias de una crisis mucho mayor, como lo planteó él. Coincido totalmente, estamos ante el colapso de un modelo conceptual que abarca todo. Lo otro sobre lo que me parece interesante reflexionar es lo que también Roberto señalaba, que todos lo vemos, es por qué tardamos tanto en asumir estas crisis. Lo estamos viendo muy claramente con el cambio climático global. Hasta hace muy poco era negado casi enfáticamente. Entonces ¿por qué esa actitud?, por qué la actitud frente a algo sobre lo que de alguna manera se tenía información. Estamos en un mundo donde se debe manejar la incertidumbre, eso es lo que yo dije y me parece que esto es un ejemplo ¿Qué es lo que debemos hacer ante la incertidumbre? El mundo se complejizó, no tenemos respuestas taxativas, no podemos hacer predicciones categóricas, todo está en una nebulosa, el mundo del caos vino para quedarse. Entonces: ante la duda ¿cuál es la actitud que debiéramos tener? La actitud ante la duda debería ser el principio precautorio. Si yo creo que este producto podría ser peligroso la actitud correcta es evitarlo o prohibirlo. El principio precautorio dice que la falta de evidencia científica categórica no debe ser un obstáculo para tomar medidas. Me parece perfecto porque en el tema de la biodiversidad, o el destino final de un producto, hay muchas cosas que no sabemos y que nos damos cuenta de que no las

podemos saber. Por lo tanto, la actitud correcta, la que debiera minimizar el arrepentimiento futuro, sería ser precavidos. Y lo que estamos tomando como actitud es totalmente lo contrario. Estamos asumiendo que esa noticia que está llegando no es cierta, es falsa, es una falsa alarma que los frenos del ferrocarril no andan, asumimos que seguramente sí andan, y seguimos. Y hoy estamos encontrándonos ya en esas etapas exponenciales donde la acumulación de un montón de factores hace que sean visibles los cambios. Antes estaban pero eran imperceptibles y hay entonces una preocupación enorme porque vemos que, como en el cuento del lobo y el pastor mentiroso, finalmente llegó, y esto es en el cambio climático, es en la agricultura, es en la degradación de los recursos.

Entonces debemos reflexionar acerca de qué es lo que hace que tengamos este comportamiento, y este comportamiento no es un comportamiento solamente de las personas no ilustradas, del lego, están los científicos, están las universidades, están las instituciones de investigación, que nos quedamos mirando, promoviendo otro modelo, desconociendo los datos científicos que había de que el modelo iba a generar muchas de las cosas que hoy estamos viendo ¿qué nos pasó? Instituciones del Estado con personas que supuestamente toman decisiones libres, donde está la masa intelectual, las universidades de la Argentina, que no señalaron, que no se opusieron, ¿qué nos pasó? Yo creo que también esto que pasó de alguna manera tiene que ver con esa crisis, con ese paradigma, que entre otras cosas incluye: un optimismo irracional, es parte del paradigma, la idea de que lo que se ve nunca va a ocurrir, de que no vale la pena. Segundo, excesiva confianza en la tecnología: nos deslumbró la tecnología en los años cincuenta, sesenta, creo yo, y tenemos una confianza ciega en que la tecnología, que muchas veces es la causante del problema, es la que lo va a solucionar. Pero no es que estemos leyendo los últimos avances de una revista tecnológica, es una confianza casi irracional de que en algún lugar se va a inventar algo que no sabemos qué es, que va a permitir resolver el problema. El deslumbramiento tecnológico: creo que estamos en una etapa donde a la gente joven le deslumbra la tecnología. Si uno hace una charla sobre un sistema de rotación excelente, no hay mucho interés, pero si es sobre manejo de drones, ahí estamos interesados, es la tecnología de punta, eso deslumbra, pero deslumbra también en las universidades. Lo otro que también es parte del paradigma es la sensación de control —tuvimos muchos éxitos hace algunos años—, de que ciertas cosas las podíamos controlar. Hoy no está funcionando, pero la inercia nos lleva a creer que todavía estamos controlando cosas que claramente se nos han escapado.

Y, finalmente, hay una ciencia que en lugar de enfocar estos problemas complejos es excesivamente productivista. Así como hay una agricultura productivista la ciencia se transformó en una ciencia productivista, donde se mira la calidad de un supuesto investigador, de un supuesto instituto, de una universidad, por los números que tienen que ver con la cantidad de ciertos *papers*, de ciertos factores de impacto, ciertos números, ya casi nadie lee los artículos. Y en muchas comisiones evaluadoras, no hacen falta leerlos (y sería casi imposible), simplemente con mirar los valores que tienen esos indicadores es posible saber si hay buenos o malos investigadores. Un colega de Chile

me comentaba que con un buen *paper* un investigador puede cobrar hasta dos mil dólares más. Por lo tanto, 1) voy a tratar de sacar la mayor cantidad de *papers* posible, 2) lo voy a hacer solo, porque si somos cuatro son quinientos dólares para cada uno, si lo hago solo son dos mil. Con un trabajo individualista, frente a la crisis socioambiental compleja, estamos a contra mano en la valoración, en la formación de nuestros investigadores, la presión que hay es enorme en la gente joven hacia publicar. La otra vez escuché a una investigadora que decía con alegría “metí un trabajo en una Q 1” ese es el lenguaje ahora. Es un lenguaje individualista “metí un trabajo” no, “descubrí algo importante”, “entendí algo que no lo había entendido”, “pudimos resolver este problema”. No es ese el lenguaje, el lenguaje es “metí”, “pude meter un trabajo” ¿por qué? Porque me lo piden, porque de algún modo posibilitan mi crecimiento, mi promoción, ganar el concurso, o la exigencia para permanecer en el sistema. De eso hay que hacerse cargo de alguna manera.

Quiero hablar del rol de la política pública. Hago un paréntesis, la agroecología tiene algo que es muy poderoso: es un movimiento que no surgió desde las políticas públicas. No fue promovido, ni apareció porque hubo una política pública que dijo “hemos descubierto algo que se llama la agroecología y la vamos a promover”, no. Las políticas públicas en Brasil, en Uruguay, aquí, en los países que tuvieron gobiernos que veían con buenos ojos estas ideas, siempre acompañaron algo que surgió del propio trabajo en el campo, de las comunidades, y eso le da una enorme fortaleza. Creo que eso es algo muy positivo ¿por qué? Porque cuando hay políticas públicas que de alguna manera hacen soplar vientos favorables, este barco va un poco más rápido. Pero no se va a detener cuando cambie y no haya políticas públicas favorables. Eso me parece que es importantísimo y es un sesgo completamente diferente a la revolución verde que vino de arriba para abajo. Así que en toda Latinoamérica hay un valor enorme que es la agroecología, que está metida en la sociedad y por eso tiene una fortaleza que no depende de las políticas. Por otro lado, las políticas públicas que a mí me parecen interesantes son aquellas macro, a largo plazo, o sea: replantear las universidades, los sistemas de investigación, la formación de los profesionales, en las distintas ramas. Las instituciones de investigación deben replantear no solo los objetivos sino además si la estructura pertenece a un paradigma anterior, en ese caso ésta debería ser repensada. Voy a dar un ejemplo concreto. Hoy, en toda Latinoamérica la estructura que se utilizó para poder generar información y tecnología para el agro, fueron las estaciones experimentales. Instituciones como el INTA, INIAs, EMBRAPA, CORPOICA, y otras similares de Latinoamérica se estructuraron en forma similar. Grandes estaciones experimentales ¿para qué? Para generar la tecnología. ¿Para quién? Para los agricultores/as ¿Y por qué no lo hicieron en los campos de los propios agricultores? Porque necesitábamos un lugar muy diferente donde pudiéramos controlar las variables. La idea subyacente era que lo que obtengamos en ese ambiente muy diferente era extrapolable a la diversidad de mundos de todos los agricultores latinoamericanos. Hoy gran parte de los problemas derivan del fracaso de esa idea. Por lo tanto, debemos pensar y asumir que la estructura de nuestras instituciones muchas veces responde al paradigma anterior. Es cierto que se pueden mejorar un poco dentro de este paradigma,

pero también debemos preguntarnos, y aprovechamos este foro, si no hay que replantear estas estructuras para generar otro tipo de conocimiento. Nosotros hicimos con la Ing. Viviana Blanco y otros colegas, un estudio para la FAO en la provincia de Buenos Aires. Mediante una encuesta analizamos qué es lo que caracteriza a la agroecología y, en general, es que el conocimiento no se obtiene de parcelas experimentales, ni de visitas, sino de los propios campos de los agricultores. O sea: el mundo de la transferencia de conocimientos en la agroecología es totalmente diferente al otro mundo. Y acá nos replanteamos cuál es el rol nuestro. Porque antes lo teníamos muy claro: o yo soy investigador en el INTA o en la universidad, genero la tecnología y un extensionista la lleva. Ahora no. Entonces ante esta realidad ¿cuál es mi rol? Si yo ya no soy el que genera la información, ¿qué debo hacer? ¿Estamos formando a la gente con esas capacidades nuevas? Este es el mundo que se viene. Creo que es muy interesante porque nos replantea todo. Tenemos que aprovechar esta crisis como una oportunidad para replantear todo. O sea: seguir con estas estructuras mejorándolas pero también ir pensando si las estructuras no son conceptualizadas desde una la lógica que hoy a la luz de los problemas que tenemos estaría perimida y necesitaríamos que se piense de otra manera. Debemos abordar interrogantes tan importantes como ¿Cómo evaluamos a los investigadores? ¿qué es un buen investigador? ¿es el que publica *papers* en otro idioma, para que los lean, como decía Susana, cinco personas? Es un especie de defecto intelectual donde nosotros (los investigadores) nos evaluamos a nosotros mismos y nos decimos que somos bárbaros. Me parece que acá también hay un golpe de realidad que nos hemos dado y que nos permite replantear lo que hacemos. A veces no es sencillo proponer la solución, he estado en varias comisiones asesoras de instituciones de investigación y universidades. Muchas veces se puede señalar que hay un problema aunque no tengamos muy claro cuál sería el reemplazo. Eso no inhibe que se pueda asumir que “estamos mal” que esto de valorar a una persona por haber logrado publicar un *paper* en otro mundo nos obliga a preguntarnos ¿Para quién estamos escribiendo? ¿Quiénes queremos que nos lean? ¿Cuál es el público al que nos estamos dirigiendo? ¿Cómo elegimos el tema de investigación? ¿Cómo nos hicimos esas preguntas que estamos abordando? ¿De dónde la sacamos? ¿Quién nos la acercó? ¿Somos nosotros mismos que vamos leyendo *papers* porque queremos publicar en ciertas revistas y ahí hay como una especie de circuito endogámico? ¿O estamos tratando de resolver problemas del mundo? ¿Y cómo es esa conexión? ¿Cómo sabemos cuáles son los problemas? ¿Cómo nos llegan esos problemas? ¿Cómo son esos lazos que nos permiten entender a y dialogar con quienes tienen los problemas? Bueno, me parece que todo eso es lo que necesitamos ahora rever, y en esto me parece muy importante esta relación poderosa que tenemos que tener entre las ciencias sociales y las ciencias más duras como la agronomía. Hay que reconstruir estos lazos y me parece que la agroecología lo entendió. La agroecología lo está entendiendo, lo que no quiere decir que lo sepa hacer. Entendemos la deuda que tenemos pero no sé si sabemos todavía tener este diálogo, con otros conocimientos, con otras ciencias. Estamos en la declamación: sabemos que hay que hacerlo. Me parece muy importante pero no quiere decir que tengamos las herramientas. Sabiendo que tenemos una deuda, vamos hacia

allá. En este caso valoro el acuerdo que la Sociedad argentina de Agroecología firmó hace muy poco con la Asociación Argentina de Sociología Rural. Nos pareció muy interesante el desafío de empezar a transitar esos desacuerdos, esas controversias, tal como las denominamos en el webinar que realizamos hace unos pocos días. Me parece sumamente interesante buscar esa incomodidad que nos hace sentirnos vivos, que nos hace una ciencia crítica, reconociendo que hasta ahora hay muchas cosas que se nos pasaron por alto.

**Roberto Cittadini:** Yo para ganar tiempo ya empiezo un poquito con el debate. Quería hacer referencia a algo que han dicho los compañeros, Susana, me pareció muy interesante porque me recuerda a un autor que yo seguí con mucha fuerza que es Jorge Federico Sábato, en esta idea que él plantea del año ochenta del agro atrasado por la fertilidad y las condiciones pampeanas que permitían una estrategia más especulativa, más ganadería, más agricultura y que no se especializaba. Me parecía brillante, sigue siendo brillante, pero las consecuencias de haberse especializado finalmente creo que son nefastas, en el sentido de que decir que la Argentina no desarrolla tecnología apropiada porque es especulativo, es una forma de mirarlo. Pero en realidad hoy, cuando estamos hablando de agroecología o de agricultura regenerativa u otras variantes que hoy se están planteando, el movimiento es volver a la diversidad y a la multiplicidad de recuperar la incorporación de la ganadería en el sistema. No es volver a lo antiguo, a una agricultura poco productiva, sino el desarrollo de un paradigma alternativo donde la “intensificación” —no me gusta mucho la palabra—, la productividad, no la haga en función de la especialización como en ese momento, como la visión que se tenía en ese momento. No lo critico a Sábato por eso, pasaba por ahí, porque era lo único que se veía de la estructura de la ciencia, pero realmente el cambio es integrar en un modelo diverso y donde las mejores experiencias agroecológicas pampeanas hoy se están dando en la vuelta al modelo anterior, poniéndole mucho más conocimiento científico, poniéndole mucha más experiencia, etcétera. Es un comentario que después podemos seguir discutiendo. Como dijo Susana cuando ella dice “no me ocupo de lo chiquito”, me ocupo de la pequeña producción, de la soberanía alimentaria, los grandes que se arreglen solos, yo tampoco quiero dejar a los grandes solos, no, no, muy peligroso, los grandes nos están marcando la cancha y nos están dominando. Creo que desde la agronomía, desde las ciencias sociales, hay que ocuparse de los grandes que son los culpables de todo el proceso que nos pasa. No hay que ocuparse en el sentido de darles sino de exigirles, de marcar el rumbo, de generar políticas, para que sus prácticas sean más virtuosas. El problema de que Argentina sea el país con más utilización de agroquímicos, de fertilizantes químicos, que estamos hipercontaminados, son los productores grandes. O sea que hay que ocuparse de los productores grandes, hay que marcarles la cancha, hay que generar políticas de castigo o de estímulo que los obliguen a ser más virtuosos. Creo que desde las ciencias agronómicas y sociales que sí, que tenemos que ocuparnos de los grandes pero en ese sentido, yo entiendo que vos lo decís en otro sentido y le das el componente personal y afectivo desde donde querés ubicarte y está muy bien, no es una crítica personal. Y en lo que dice Santiago estoy totalmente de acuerdo con todas estas cuestiones que planteaste de cómo estamos

metidos en el paradigma y la hiperconfianza en las tecnologías. Hay otra cosa complementaria que está implícita en lo que vos decís, que hay una política activa de construcción de ignorancia. Hay autores que hablan de la sociología de la ignorancia, en el sentido de que algún investigador, Carrasco, ahora otro, demuestra el impacto, y salen diez científicos a veces vinculados —a veces porque están convencidos del paradigma cientificista y otras veces porque están vinculados a empresas multinacionales o pagados por empresas multinacionales— a decir: no, porque no es tan así, porque depende y te metieron el “depende...” y la población y todo, y te quedas en el “depende...”. La ciencia está muy contaminada por esta producción de ignorancia expresa digamos, no me acuerdo como se llamaba, pero era una investigación sobre Monsanto donde activamente trabajó y financió científicos y desfinanció científicos cuando salió un estudio sobre el efecto cancerígeno del glifosato. Intervienen directamente en el campo científico intereses para relativizar todo y dejar todo en un mundo de ambigüedad. Eso pasa y sigue pasando todo el tiempo. Estos son los dos comentarios que tengo respecto a lo que se ha dicho, y los desafíos de cómo investigamos que plantea Santiago coincido que obviamente, tenemos que ser una ciencia interactiva, dialogal, entre el conocimiento científico complejo y los productores y etcétera. En las pautas o ejes para esta conversación se menciona barajar un poco las experiencias personales de todo este tema, así que me hice un pequeño listadito también de mi historia en el INTA, digo en el INTA porque yo entré a trabajar en el INTA y me jubilé en el INTA, también estuve en la universidad y estuve en otras actividades pero mi historia principal es en el INTA. Y creo que todos ustedes podrían plantear lo mismo, y muchos investigadores, y profesores, del INTA, de la universidad, tomamos nuestro trabajo como una tarea militante. Yo he militado pero más que militado en el campo institucional que en el campo político digamos, pero en lo posible en la militancia, de tratar de expandir los límites de lo posible dentro del campo que me tocó que es el campo científico, o el campo del desarrollo, y creo que ustedes están en lo mismo. Y en ese sentido voy a recordar algunas experiencias personales. En el año ochenta, como dice Susana, casi no se hablaba de agricultura familiar. Cuando yo entré al INTA, entro a trabajar con Bochetto en Balcarce y el tema eran los sistemas productivos, caracterizar los sistemas productivos. Yo ahí me empapé, y la sociología te aportaba otra cosa, y me puse a leer a Mercedes Basco y a Susana, y a otros que conceptualizaban al menos la idea de agricultura familiar. Tomé mucho la conceptualización de Mercedes Basco porque hablar de campesinos en la época que todavía estaban los militares era medio complicado, pero reconocer que no es todo lo mismo y que hay otra racionalidad específica. Eso fue una parte importante del trabajo que se hizo al interior del INTA, algunos pudimos empujar en eso. En el año ochenta y seis que hicimos un plan de trabajo en la organización social de la producción, basado en ese esquema, y trabajé un poco ese tema en mi tesis de maestría y también en Francia y después en mi tesis doctoral seguí planteando esas cuestiones. Esas cuestiones que tienen que ver con el reconocimiento de la heterogeneidad de actores, con el reconocimiento de la articulación de conocimientos, y también entonces de la lógica de la extensión y dando enfoques dialogales como los de Freire con otras tecnologías.

Cómo la construcción de conocimiento se hace entre productores también y de esos diálogos surgieron estrategias para trabajos en grupos, etcétera. Trabajé en docencia, investigación pero también en programas de desarrollo. Me tocó en la etapa de Cambio Rural por ejemplo, que si bien no era para campesinos, era para PyMEs (pequeñas y medianas empresas) pero fue una experiencia riquísima de promoción de cierta capacidad organizativa de los sectores medios del campo, donde aplicamos —porque el INTA tampoco es homogéneo— cuando generábamos la formación de los agentes de desarrollo, de los agentes de los proyectos, no era homogéneo el mensaje, pero el mensaje que tratábamos de transmitir es esta experiencia dialogal, esta cosa participativa, etcétera, que a veces competía con otros enfoques más productivistas, más transferencistas. Esta fue mi lucha en el campo en mi vida en el INTA y la sigo ejerciendo ahora de jubilado —porque uno mete de vez en cuando la cuchara— cuando veo cosas alarmantes en el INTA. Después me tocó trabajar para programas más ligados a la exclusión social como en el año 2001, en la crisis del 2001, armamos un programa con estudiantes de la Facultad de Agronomía que fue un programa de autoproducción de alimentos, a partir de la crisis del 2001. Fue entre 2002, 2003, que se armó. Y fue un programa muy interesante, donde un grupo con doce estudiantes con un mínimo financiamiento de la Facultad pero, más que nada, por prepotencia de trabajo intenso, era una política de la Facultad que se expandió con el objetivo de generar una red de huerteros productivos que terminaron en una feria, la Feria Verde en Mar del Plata, que aún sigue vigente y fue una de las tantas que empezaron a aflorar en ese momento y que hoy se han multiplicado muchísimo acompañados de otras políticas. Después me tocó también, producto de todo esto —y todo esto lo cuento no como una experiencia personal sino como la dinámica de las instituciones a los empujones también se van ganando espacios— participar, a partir del programa de Mar del Plata, en el armado de los CIPAF, Centro de Investigación para la Agricultura Familiar. Estábamos felices, encantados de estar colaborando con eso, finalmente el INTA acepta que la tecnología no es neutra, que no es universal para todo el mundo y creamos institutos específicos para el desarrollo económico de la agricultura familiar. En los que los tres parámetros principales eran: la agroecología, la investigación participativa y las tecnologías apropiadas. Esos tres pilares en el documento de base son experiencias que el INTA logró concretar. No quiere decir que eso haya cambiado la orientación predominante del INTA, pero se ganan espacios. Después me tocó una etapa de coordinar el ProHuerta también, donde tratamos de expandir, en los límites de lo posible, al principio principalmente era para autoconsumo, y no solo autoconsumo, ya los productores lo hacían por su cuenta. Partamos también que se generen excedentes, que haya pases de feria. Y hoy casi todas las ferias agroecológicas son herederas del ProHuerta, esto importante e interesante.

El rol de las mujeres que se mencionó es clave y predomina claramente en el ProHuerta pero también en los movimientos sociales. Yo ahora estoy también articulando y organizando una capacitación para la gente del MTE Rural acá en Mar del Plata y el sábado organizamos una capacitación de iniciación a la agroecología y el noventa por ciento eran mujeres. El noventa por ciento de las organizaciones sociales a veces, la

mayoría de los casos son mujeres. En esta lógica de empujar adentro de las instituciones me tocó también participar de una experiencia de articulación en Francia, en el LABINTEX (Laboratorio del INTA en el exterior (Montpellier, Francia)). También que es un laboratorio del INTA en el exterior que tuvo un periodo muy interesante que ahora está algo desactivado, pero que en ese periodo tuvo articulaciones muy buenas y en el caso particular mío permitió comparar y hacer análisis entre el desarrollo de la agroecología en Francia y en Argentina, con sus similitudes y grandes diferencias y después organizar el MOOC? para la agroecología, que fue una experiencia fenomenal también para expandir los límites de lo posible porque lo logramos meter en un momento que en el INTA —en la época de Macri— casi estaba prohibido hablar de agroecología. Cuando iban a los CIPAF las autoridades escondían los carteles de agroecología porque podían ser castigados por la agroecología. Y nosotros, por circunstancias y porque teníamos algunos compañeros muy peleadores en la conducción del INTA logramos, con la excusa de que era un convenio con Francia y hasta disimulando lo que íbamos a hacer en el proyecto, meter este MOOC en agroecología, que cuando se dieron cuenta que se venía estaban muy preocupados y estuvieron muy preocupados, pero lo logramos hacer, y aun se persisten cinco eventos del MOOC de la agroecología. Sarandón estuvo en la inauguración del primero y en algún otro más que se lo invitó. Y bueno, eso es expandir los límites de lo posible.

39

Yo cierro entonces, decía esto del MOOC. Y en mi etapa de jubilado trabajamos acá en la Diplomatura de Soberanía Alimentaria y Agroecología en la Universidad y ahora estamos colaborando en el proyecto agroecológico para Chapadmalal, que si bien arrancó con mucha conflictividad, ahora está medio congelado, pero seguimos trabajando y esperando las pistas políticas que podamos tener después de las elecciones, antes de eso no creo que se resuelva.

**Marcela Crovetto:** Muchas gracias. Ahora, los veinte minutos finales así después cerramos la actividad.

**Susana Aparicio:** Una de las primeras observaciones que quería hacer es respecto al papel de la ciencia y de los *papers* y todo eso. Hay mucha gente que lee los *papers* que no son evaluados así porque sí, y en el mundo de las revistas serias se leen los *papers* a fondo, y se hacen comentarios y demás y se cita. Eso es un punto. Creo que ese es un déficit de la Argentina, que no se hace eso en las instituciones. No sé cuántas instituciones saben quiénes de su gente que trabaja en investigación ha presentado *papers* de buenas calidades a algún lado. Algo debe haber en esta gente para que tres argentinos sean premios Nobel por ciencias duras. Y esto no lo digo por una gran defensa del CONICET, creo que es lo que tenemos, creo que hay que mejorarlo. Creo que no tiene recursos suficientes para tener una mayor etapa experimental y que es muy difícil la etapa experimental. La etapa experimental implica muchas veces recursos privados, y los recursos privados no quieren asociarse con cosas que no les gustan. Puedo decir solo una experiencia personal, muchas veces estoy en comisiones agrícolas y yo no evalué proyectos que tengan mejoramiento de semillas transgénicas. Y me

abstengo y digo por qué me abstengo, y digo que me abstengo porque tengo personalmente una decisión de principio precautorio y nadie me mata. Nadie me ha gritado, nadie me ha hecho nada, simplemente yo no he firmado ese proyecto. Y lo planteo siempre sin pelear, con buena onda y demás. No como soja por un principio precautorio, yo no voy a evaluar proyectos con soja transgénica, punto. Y no me han matado, digo eso porque hay espacios que uno tiene que recorrer. Lo mismo pasa con el espacio del INTA. El INTA es un espacio que tiene, alguien lo dijo, creo que fue Santiago, mucha gente que trabajó durante muchos años de costado, con amigos, porque finalmente todos nosotros nos conocemos de algún lado, nos hemos cruzado en otros lados. Con la gente de Balcarce tengo vínculos históricos, pero Balcarce se dedicó a los grandes productores y yo no. Y con Ana María Acuña, con Roberto, con Roberto vos y con Roberto Bochetto, Graciela Gesan. son toda gente con la que nos vemos desde los años setenta y pico, y en la dictadura íbamos a los congresos todos juntos a mostrar que seguíamos vivas, así más o menos era. Esto lo muestro no como una cosa de las decisiones personales sino de la importancia de los vínculos llamados ahora redes, de los vínculos de conocimiento para apoyar cosas que nosotros coincidimos en su accionar y no caer en la discriminación. A mí últimamente me pasó una cosa con alguien que me habló mal de un proyecto. Me comentó algunas cosas y le respondí: “yo no voy a comentar esto mientras no lo hable con la persona indicada, porque tengo confianza histórica y prefiero escuchar su relato”, y efectivamente no hice nada, hablé con quien debía hacerlo. Y luego lo aclaré con el primer comentador. Creo que nosotros que somos más viejos venimos de una formación donde hay que meterse en las cosas, donde hay que embarrarse, y que por ahí eso es mejor que andar en la lista de los políticos. La verdad que cada vez que he ido a las reuniones de los grupos técnicos de los políticos he salido espantada, porque la verdad que son poco serios. Entonces me parece que no hay que abandonar esos lugares de lucha, ni el CONICET, ni la universidad. Que sí uno tiene que tratar de armar su red dentro del lugar para poder presionar y lo digo yo, que no saben la minoría que puede ser la ruralidad en la Universidad de Buenos Aires, no tienen idea, nosotros no existimos. Escuchamos gente que dice que qué importante sería trabajar con los trabajadores rurales, dimos una película y no vino nadie, la madre de una de las becarias vino. Después se dicen cosas absurdas, vos nombraste a Sábado, se dicen cosas absurdas sobre los sectores dominantes y cuando uno dice algo que los diferencia y dice algo de lo que dice Sábado y te tratan de oligarca más o menos. No conocen nada, aunque muchos de ellos son hijos de grandes productores. Ahí hay un punto que debemos revalorizar de todo lo que hablamos. Cómo, para los que tenemos cierta edad, este encuentro por ejemplo, ni se nos hubiera ocurrido hace veinte años o veinticinco años. No existía, el primer grupo de tipo red que tuvimos de sociología rural en los setenta fue con la gente del Consejo Federal de Inversiones (CFI) y con la gente de educación rural del Ministerio de Educación. Nos echaron a todos así que para qué. Y después la seguimos. Lo que quiero decir es: nos echaron y la seguimos, y algunos de ustedes se acuerdan del CEPA, nos reuníamos a discutir sobre el agro.

Entonces me parece que hay que valorar al pequeño grupo. Cuando digo esto no lo digo solo por nosotros ¿eh?, lo digo también por los productores. Nosotros tenemos la

tendencia a creer en los grandes movimientos, en las grandes asociaciones y todo lo demás, cuando en realidad lo valioso son los pequeños grupos locales que hacen intercambios entre ellos que se mandan las bananas que les sobraron de un lado al otro, eso es lo que es un buen vínculo razonable.

Y por último con lo de la ciencia yo quería plantear algo. La ciencia ha logrado que todo el mundo esté temblando con el mundo, porque en la medida en que se pierde más energía que la que se logra la capacidad de progreso ilimitado se terminó. Esto ha hecho trastabillar a todos los paradigmas científicos, no hay ninguno que se salve, inclusive los epistemológicos, no hay nadie que deje de preguntarse adónde vamos. ¿Por qué estoy diciendo eso? Porque es una ley de la termodinámica ¿no? Porque se pierde más energía que la que se produce, va a explotar todo y eso es una ley de la termodinámica. Esto lo plantea muy bien Enrique Leff, eso ha movido mucho, y Ulrich Beck, que ha planteado el riesgo y la incertidumbre como dos características que forman parte de este sistema. Y cuando se escucha gente que dice que el medioambiente no importa y que son conversaciones de sofisticados, la verdad que me ponen nerviosa, no estaríamos en buenas manos. Bueno, y Bolsonaro hizo lo mismo.

Creo que esas son reflexiones que deberían estar en la introducción del dossier. Como señales esperanzadoras. Son lugares en los que existe una posibilidad. Cuando hacemos una evaluación personal, supongo que Roberto cuando se jubiló lo habrá hecho, yo también lo hice cuando me fui del PSA (Programa Social Agropecuario) una evaluación de cómo había empezado y qué tenía cuando había empezado y cómo estaba en ese momento, y me di cuenta de que yo había crecido un montón y que conocía un montón de gente que antes no conocía y que se habían aliado al mundo campesino. El mundo campesino, el mundo de los trabajadores rurales y demás. Pero creo que este tipo de reflexiones tenemos que dejarlas a los jóvenes también. Es decir, no es que no seguimos haciendo, porque la verdad que estamos todos bastante inquietos.

**Santiago Sarandón:** Creo que pueden hacerse muchas reflexiones. Creo que estamos en un momento de crisis, muy claro, de algo fundamental que tiene que ver con la vida de los seres humanos. No está en duda la vida del planeta, sino la de nosotros en el mismo, la de los seres humanos, una sola especie. ¿Por qué? Porque una actividad que no se puede interrumpir, la producción de alimentos, está en crisis. La capacidad de producir alimentos durante mucho tiempo con este modelo está en duda. Por supuesto que eso no se ve, mucha gente no cree que sea posible, pero, claramente, analizando los datos científicos disponibles, el futuro de esta actividad (la agricultura) está en duda. Es un buen momento para plantearnos (yo insisto en el tema) ¿cuál es nuestro rol?, ¿cuál fue nuestra responsabilidad y cuál es nuestro rol? Este modelo se desarrolló paralelamente a la existencia de las instituciones de investigación, tecnología y extensión, pero esos (la crisis socioambiental del modelo) no eran temas de debate y todavía no son temas ampliamente incorporados. A pesar de que se ha avanzado enormemente me parece que estos espacios de debate y reflexión no son comunes en las instituciones. En mi facultad no es común debatir acerca de qué tipo de ciencia

queremos, qué hacemos, cómo publicamos, dónde publicamos, en qué idioma publicamos, si optamos por los *Open Journal* o no. Hoy hay un debate universal, una crítica dentro del mismo sistema científico a muchos aspectos de estos, incluso al uso (y abuso) de la estadística. Muchos aspectos están apareciendo, por ejemplo, los que se llaman los “*Predatory Journals*”, que, aprovechando la desesperación de la gente joven de publicar, ofrecen vías menos rigurosas para publicar a cambio de un costo. Es todo un mundo que crece por esa desesperación individual de poder estar en ese mundo académico, y permanecer. Entonces yo creo que aquí tenemos que hacernos una crítica nosotros, las universidades, el CONICET, la CIC, el INTA, y otras instituciones ¿Qué podemos hacer? ¿cuál es nuestro rol?, ¿cuál es nuestra responsabilidad?. No digo culpa, digo responsabilidad. ¿Este modelo, es algo que vino de afuera y nosotros no tenemos nada que ver? Es una buena pregunta, si vamos a contestar que no, argumentemos por qué no tenemos nada que ver, no asumamos que no tenemos nada que ver porque somos buena gente. A lo mejor somos buena gente pero podríamos haber analizado el tema desde otro lado, la sociedad a lo mejor esperaba de nosotros otra cosa y no estuvimos a la altura de lo que debimos hacer. Que eso no nos vuelva a suceder. Hoy debemos prepararnos, debemos tener respuestas, debemos tener alternativas. Recuerdo una vez una profesora, luego de una charla que di en Rosario levantó la mano y dijo, “pero bueno, usted nos habla de que la Universidad tiene que ser realista, y nosotros somos realistas porque lo que hacemos es informar a nuestros alumnos de lo que hay alrededor. Si afuera hay soja, les enseñamos a producir soja”. Y esa es la posición de mucha gente de la universidad, la universidad reproduce el mundo real, pero no lo cuestiona. Y yo creo que eso es perder de vista el rol que tiene la universidad. Somos quizás lo último intelectualmente independiente (se supone), donde hay un nivel intelectual más o menos aceptable, que podríamos ver que va a descarrilar el tren y no podemos no avisar, no podemos, por no molestar a alguien, no decirlo. Me parece que acá hay un “mea culpa” que tenemos que hacer, y luego preguntarnos también si las habilidades que tenemos son suficientes —y yo creo que no— para encarar estos problemas complejos. Nuestra manera fraccionada de ver el mundo no nos ha permitido tampoco entender lo que iba a pasar y, por lo tanto, tenemos que reconstruir otra capacidad. Creo que eso también es una deuda ¿no?

Hay otro tema también. Hoy hablaba de la necesidad de obtener divisas, que es a veces la excusa para justificar sistemas productivos ecológicamente degradantes. La agroecología puede ser incluso más productiva que el modelo convencional. Ecológicamente sería más eficiente porque, al aumentar la diversidad aumenta la eficiencia para capturar recursos. Nada impide que ese exceso que va a haber de alimentos —porque somos un territorio con pocas personas y el octavo país del mundo en extensión— se pueda exportar y traer dólares, no hay ningún impedimento. No hay un solo modelo para producir. Me parece que este mundo que consigue dólares con un monocultivo debería descontar también los costos ocultos del modelo, y de esta manera comprobar que tal vez, esa supuesta ganancia no lo es tanto si se incluyeran esos costos ocultos. Y acá viene otro conflicto que me parece que no ha estado lo suficientemente presente y es intergeneracional. Somos nosotros la generación viva que queremos

obtener los recursos para nuestra satisfacción, pero a lo mejor estamos hipotecando la posibilidad de las generaciones futuras. Y acá hay un deber moral que si no somos nosotros ¿quién lo va a asumir? Los intelectuales digamos, por lo menos debemos plantearlo. Porque a veces los gobiernos que duran dos o cuatro años tienen horizontes temporales excesivamente cortos y no incluyen a las futuras generaciones en sus prioridades. Entonces ¿quién es el que se preocupa o debe preocuparse? Estamos viendo, con datos del INTA, que en aproximadamente cincuenta años, los suelos argentinos perdieron el cincuenta por ciento de fósforo, el cincuenta por ciento de materia orgánica, eso es un número enorme. Y eso fue porque la generación anterior, no repusimos lo que quitamos, lo que exportamos. Ahora quienes quieran producir sobre esos suelos encuentran un deterioro ambiental que hace que la productividad ya no sea la misma, o que haya que poner insumos para obtener la misma. O sea: les hemos dejado un capital degradado.

Para finalizar, creo que también es muy importante el replanteo de nuestro rol. El mundo de la ciencia tiene un valor simbólico extraordinario, un capital simbólico enorme. Por eso a la agroecología le importa mucho ocuparlo, estar presente. Porque una manera de desmerecer alguna idea o afirmación es decir que no es científico. A la agroecología se la ha tildado a veces, para desmerecer la fortaleza de ese movimiento, de no ser científica. Por eso creamos la Sociedad Argentina de Agroecología (SAAE). Esta corriente comienza con la creación de la Asociación Brasileira de Agroecología (ABA), luego la Sociedad Científica Latinoamericana (SOCLA), luego en Chile, en México, se fueron creando sociedades nacionales que permiten un espacio visible, realizar congresos, publicaciones, juntarnos, reconocernos, fortalecernos. Eso le ha dado una fortaleza extraordinaria a la Agroecología. Y nosotros incluimos en la Sociedad Argentina de Agroecología dos lugares con voz y voto para los movimientos. Fue la primera Sociedad de toda Latinoamérica que hizo eso. Y hablando con estas, MAELA, MTE Rural, Federación Rural, nos decían, y eso fue muy interesante, nosotros necesitamos para darle fortaleza a nuestros pedidos políticos los datos científicos. Cuando nosotros podemos mostrar datos que ustedes nos dan tenemos más fuerza en el momento de peticionar. Ahí entendí esa relación que a veces es muy conflictiva, entre los movimientos sociales y la ciencia, que a veces nos miran como elitistas y nosotros los vemos como que nos van a hacer “explotar” la sociedad. Fue muy positivo ese nuevo modelo, me parece a mí para poder entender que estamos en lo mismo. Que hay un modelo de ciencia que puede contribuir enormemente contestando preguntas que surjan del mundo real y eso tiene otra ventaja, genera en la gente joven que investiga una gran satisfacción, que hoy no existe. Hoy hay un estrés enorme, hay una presión enorme por las publicaciones, no hay felicidad. Tenemos que recuperar la aventura del conocimiento, la pasión por conocer, por resolver problemas. Eso no es lo que predomina hoy, pero no necesariamente tiene que ser así, puede ser otro mundo y yo creo que estas pequeñas cosas que se han ido construyendo demuestran que es posible, es un camino para transitar. Y vale la pena.

**Roberto Cittadini:** La verdad que muy interesante todo este encuentro y el nivel que estamos reflexionando, siento como que donde hemos llegado metiéndonos fuertemente con el campo científico, estamos a la puerta de generar otro taller para trabajar sobre eso en particular, porque es un campo muy rico. Mientras los escuchaba pensaba en el artículo de Bourdieu sobre el campo científico que rescata, como rescatamos muchos, la potencialidad de este campo científico, porque a diferencia de otros campos uno de los capitales importantes es el descubrimiento de la verdad ¿no? Ahí hay un capital formidable y virtuoso, lo que pasa es que el campo científico no es puramente eso sino que esta entrelazado con intereses que se mezclan, ambiciones, institucionalidad que no siempre permite que esa virtuosidad se exprese en su máximo nivel. Entonces creo que todo esto que estuvimos charlando de los *papers* y todo por ahí podría ser muy interesante desde las ciencias sociales profundizar la reflexión sobre el campo científico y cuáles podrían ser los lineamientos para hacerlo más virtuoso, para modificar ciertas reglas de juego que lo hagan más virtuoso. Porque como en todo campo, volviendo al Bourdieu básico, va a haber reglas de juego, ambiciones, lucha por los espacios, perfecto, pero uno puede hacerlo más virtuosos si es capaz de jugar en esas reglas del juego ¿no?

Por otro lado, cómo ese campo científico interactúa con el campo político, institucional. En el INTA tengo amigos más científicistas que yo si se quiere, de una honestidad absoluta y que plantean la necesidad de la verdad y del conocimiento como clave pero que les cuesta verlo como ello está imbricado, dicen “yo produzco esto y esto es válido y después, ah esto produce un perjuicio, pero eso ya tendría que haber medidas de política y eso ya no es culpa mía”. Si se produce un perjuicio por ejemplo como los transgénicos, los transgénicos pueden ser fabulosos, pero esto te generó la sojización “ah bueno, pero eso ya es que hubo medidas de políticas que no regularon correctamente”. Hay gente honesta que plantea eso. Creo que ya se han expresado fuertemente las cosas sustanciales que había que expresar, pero sí, sí dejaría picando algo para darle continuidad a esta charla para profundizar la reflexión sobre el campo científico y sobre estrategias para proponer mejoras, para pelear mejor en el campo científico que es finalmente donde participamos todos o donde hemos participado, yo lo dejo por ahí.

**Marcela Crovetto:** muchísimas gracias a los tres. Como representante de la generación siguiente me siento muy privilegiada de haber estado con ustedes tres, haberlos escuchado. Sí recojo el guante y me voy a encargar de promover que los estudiantes de grado y de posgrado lean esta conversación cuando esté publicada, me parece un material super valioso y con mucha potencialidad para invitarlos a contagiarse de querer cambiar las cosas. Y con ciencia ¿no? Con inteligencia, con estudio, con conciencia, con las cuatro cosas. Por mi parte en nombre de la coordinación del Dossier, de los tres equipos del Área de Estudios Rurales, que lo coordinamos junto con Pablo Barbeta, Gisela Hadad y como coordinadora invitada Tamara Perelmuter, estoy super agradecida de su tiempo, su generosidad. Creo que con todo lo que han dicho junto con los artículos que se encuentran en evaluación va a ser un número de la Revista

Argumentos muy interesante y muy atractivo de un tema que, como dijo Susana, a veces nadie sabe qué tan pocos, o muchos, silenciosamente trabajamos todo esto y que tiene que ver con la reproducción cotidiana y de nuestra propia vida, de todos. Más allá de lo disciplinar, me parece una gran oportunidad para difundir estos temas entre otros investigadores de las ciencias sociales.

**Susana Aparicio:** Como coordinadora del Área también quería agradecerles a todos. Yo les quería decir que a veces —esto es una cosa más bien personal— el desconocimiento lleva a sacar conclusiones, a todos nos pasa, que a lo mejor no son acertadas y eso tiene la desgracia de pelear por cosas que a lo mejor lo que conviene es profundizar. Y digo en relación a dos cosas. He vivido la experiencia de estar en un programa donde el noventa y cinco por ciento protestaba contra el INTA. Yo no, yo quería que el INTA trabajara y que el INTA fuera un organismo que trabajara con pequeños productores. Y cuando se armaba algún problema con gente del INTA me tomaba el avión y me iba a tratar de arreglarlo. Lo otro es que yo no estoy ni me adscribo en el área de Medioambiente, pero este año y tal vez por total casualidad, porque estoy revisando ingresos, promociones y proyectos del área. Tanto en CONICET como en la UBA y otras universidades nacionales, existe una línea de evaluación, que dirigida a favorecer la Transferencia de tecnología o vinculación tecnológica. Marcela y yo por distintas razones siempre hemos puesto lo que hacíamos de transferencias, siempre lo hemos puesto. En la de medioambiente se valora con puntaje esa transferencia de tecnología. Algunos investigadores dicen que son el adicional para juntar los puntitos de los *papers*. Por favor, díganles que no es así, que miren las convocatorias. Lo que sí es que lo tienen que aclarar y tienen que poner la documentación que hicieron. Reconozco que llenar el SIGEVA, actualmente en uso en casi todos los organismos de ciencia y técnica es una pesadilla, requiere paciencia y también comparto el sentimiento al punto de que he llegado a no pedir algo por no llenar esas líneas. En estos momentos la importancia de la transferencia esto ya no se discute en ningún organismo de ciencia, ya no se discute tanto como hace algunos años, si ciencia básica o ciencia aplicada, no existe más esa discusión. Es más, nosotras con Marcela nos hemos presentado a un concurso internacional a través del CONICET para un financiamiento de transferencia y lo hemos hecho, no hemos tenido ningún problema. Entonces a veces la gente no sabe realmente las posibilidades que hay. El CONICET tiene una ventaja que pocos saben, tenés una carrera permanente, si trabajas, si haces las cosas bien, puedes hacer lo que tenga que ver con tus intereses. Todos ustedes he hecho muchas actividades de apoyo y transferencia, y he pedido autorización a CONICET, ninguno de ellos me ha revertido en mi carrera. Mantengamos y fomentemos este tipo de relaciones más como grupos, no como grupos institucionales, sino como encuentros de café, de mate. Podemos hacer un par de encuentros en el Germani.